

ne, de Cardona, el intrépido Ramon de Moncada y los templarios. Comenzaron los ataques y se repitieron, pero la caída de Tortosa tenía desalentados á los infieles, y el abatimiento les hacia ya tanto daño como las fuerzas cristianas. Sucumbieron pues Lérida y Fraga, y pudo decirse que habia recobrado su independencia el territorio catalan. Datan de este tiempo las cartas-pueblas que el conde don Ramon dió á Lérida y Tortosa (1149). Rindiéronse tambien á las armas de la fé Mequinenza y otras plazas.

Sentimos tener que mencionar un hecho con que en medio de la carrera de sus glorias tuvieron la flaqueza de manchar su buena fama dos insignes príncipes, García Ramirez de Navarra y Ramon Berenguer IV. de Barcelona. El navarro habia invadido los estados aragoneses mientras el barcelonés se ocupaba en las conquistas de Tortosa, Lérida y Fraga. Acaso el buen deseo de conjurar á tan temible y porfiado enemigo hizo á don Ramon acceder á las instancias que como condicion de paz le hacia el de Navarra para que diese su mano de esposo á su hija doña Blanca. Sin reparar el navarro en que su hija estuviese solemnemente prometida al infante don Sancho de Castilla, sin reparar el barcelonés en que estaba desposado con doña Petronila de Aragon, firmaron los dos soberanos en 4.º de julio de 1149 un tratado de paz y amistad perpétua, en que se incluian los capítulos matrimoniales de don Ramon de Barcelona con la

hija del de Navarra ⁽¹⁾. La buena fé con que se hiciera este solemne contrato, á pesar de la repeticion de las palabras y protestas «*sine dolo et fraude, omni dolo et fraude remotis,*» lo demostraron bien pronto los sucesos. Apenas el barcelonés se vió libre de los cuidados de aquella guerra, corrió á unirse al pie de los altares con su antigua desposada doña Petronila de Aragon, que rayaba entonces en los quince años, como quien hacia alarde de burlar asi las pretensiones del navarro, y de despreciar el enojo que de ello hubiera: «único acto de falsedad, dice un escritor catalan, que en la vida de este conde se menciona.» Asi acabaron de unirse indisolublemente los dos estados de Aragon y Cataluña que antes lo estaban por una solemne promesa.

Proseguian los musulmanes haciéndose en el Mediodía guerra implacable y encarnizada. Los Almohades se habian apoderado de Córdoba, donde hallaron todavía aquel venerable ejemplar del Coran, escrito por la mano del tercer sucesor de Mahoma ⁽²⁾. En tal conflicto el gefe de los Almoravides Aben Gania imploró de nuevo el socorro de su amigo el emperador de Castilla, que despues de la conquista de Almería le envió un refuerzo de caballería mandado

(1) Archivo de la Corona de Aragon, perg. n. 214.

(2) Esta célebre copia del Coran, que conservaron despues Abdelmumen y sus sucesores, la hicieron forrar con planchas de oro

guarnecidas de diamantes, y cuando iban á la guerra, un camello soberbiamente enjaezado marchaba delante con el santo libro guardado en una cajita cubierta con tela de oro.

por el conde Manrique de Lara. Con este auxilio peleó algun tiempo Aben Gania en lo de Jaen con varia fortuna, hasta que dueños los Almohades de Carmona reunieron sus fuerzas y penetraron en la vega de Granada. Parecióle entonces á Aben Gania que debia aventurar el éxito de la guerra á una batalla campal, y se fué á buscar á los Almohades. El resultado fue para él el mas desastroso posible. El antiguo vencedor de Fraga, el que en aquel famoso combate privó al pueblo aragonés del mas esforzado de sus reyes Alfonso el Batallador, cayó en los campos de Granada acribillado de heridas por las lanzas almohades. Con la muerte del último caudillo de los Almoravides fácil era ya á los recién venidos africanos consumir la conquista de la España musulmana ⁽¹⁾.

Felizmente para los sarracenos cuando el rey de Castilla y de Leon hubiera podido despues del triunfo de Almería acabar de enflaquecer sus divididas fuerzas, tuviéronle en una especie de inaccion militar, ya el arreglo de asuntos eclesiásticos que motivó el concilio de Palencia (1148), ya el sensible fallecimiento de la emperatriz doña Berenguela (febrero de 1149), que llenó de amargura el corazon del monarca y cubrió de tristeza y luto todo el reino. Y aunque ya antes de esta época solian sus dos hijos firmar como re-

(1) Los largos pormenores y variados incidentes de esta guerra entre Almoravides y Almohades pueden verse en Conde, part. III. cap. 33 al 40. Dombay está de acuerdo con Conde en todos los puntos mas importantes.

yes las cartas y escrituras públicas, declaróles entonces el emperador con mas solemnidad á Sancho rey de Castilla, y á Fernando de Leon, dividiendo de esta manera otra vez las dos coronas, y siguiendo las faldas huellas de sus abuelos don Sancho el Mayor de Navarra y don Fernando el Magno. Distrájole tambien y llamó su atencion á otros asuntos la muerte súbita del monarca navarro don García Ramirez ten 1150), que habia merecido se le llamara el Restaurador de Navarra, y á quien heredaba y sucedia su hijo don Sancho, nombrado el Sabio. Aun no se habian enfriado los mortales restos de don García cuando ya se hallaron reunidos el emperador y el conde de Barcelona en Tudela de Navarra, con el fin de repartirse aquellos estados como si de ellos fuesen legítimos herederos. Renovóse pues el tratado de amistad y de reparticion del reino de Navarra celebrado once años hacia en Carrion; y no contentos ahora con esto, distribuyéronse hasta las provincias aun no conquistadas de los moros. El de Castilla daba al de Aragon todas las tierras de Valencia y Murcia, á condicion de reconocerle pleito-homenage por ellas al modo que Sancho y Pedro de Aragon le habian reconocido por Navarra á Alfonso su abuelo. Don Sancho el hijo del emperador que se hallaba presente prometió ayudar á don Ramon Berenguer á la conquista de Navarra, y este por su parte prometió al infante de Castilla que en el caso de morir su padre le haria

reconocimiento de cuantas tierras poseia, y por muerte de ambos le haría tambien á su hermano don Fernando ⁽¹⁾.

Estipulóse en este convenio una condicion tan singular, que dudáramos de su certeza si no tuviésemos á la vista el documento en que quedó consignada. Prometió el emperador al barcelonés que desde el día de San Miguel en adelante su hijo don Sancho tendria consigo á la hija del rey de Navarra, pero que despues la dejaria cuando al conde de Barcelona bien le estuviese y fuese su voluntad, y le requiriese sobre ello, y se apartaria de ella perpétuamente para no volver jamás á tomarla: todo lo cual se ofreció á cumplirlo el mismo don Sancho ⁽²⁾.

Realizóse no obstante, á pesar de la incierta suerte en que parecia colocar á aquella princesa los tratados de los monarcas, el enlace de la infanta doña Blanca de Navarra con el príncipe don Sancho de Castilla en 1151 en Calahorra, asistiendo á la solemnidad de la entrega los tres soberanos de Castilla, Navarra y Aragon. Doña Urraca, la viuda del rey don García, pasó tambien á Castilla, donde fué bien recibida por el emperador su padre, el cual le señaló el gobierno de Asturias para que pudiese vivir con el

(1) Archivo de la Corona de Aragon, pergam. n. 1. fól. 16. *antea..... predictus filius meus Sancius filiam Garsie tenebit.*

(2) *Et ego imperator tibi commiti convenio quod ab hac primafestivitate Sancti Michaelis in*

decoro correspondiente á su alto rango, y por esto y por ser natural de aquel pais fué conocida con el nombre de doña Urraca la Asturiana. Epoca de enlaces de príncipes fué esta. En aquel mismo año se concertaron tambien las bodas del emperador viudo con doña Rica, hija de Ladislao, rey de Polonia y de Inés de Austria, que tan lejos se extendian ya las relaciones de nuestros príncipes; la cual hizo al año siguiente (1152) su entrada en Castilla, recibéndola el emperador en Valladolid con grandes y públicos festejos, que tuvieron mas solemnidad con la ceremonia de armarse caballero el primogénito del emperador don Sancho el Deseado ⁽¹⁾. Concertáronse igualmente otros dos matrimonios, el del nuevo rey don Sancho de Navarra con doña Sancha, hija del emperador y de doña Berenguela, que hallamos realizado en 1153; y el de la otra hija del emperador doña Constanza, efectuado con corta diferencia de tiempo, con el rey Luis VII. (el Joven) de Francia, que acababa de divorciarse de su infiel esposa Leonor de Guiena.

Produjo este matrimonio mas adelante la venida del monarca francés á España. Habíanse esparcido del otro lado del Pirineo rumores desfavorables acerca de la legitimidad de la princesa castellana, y la malédictencia habia representado al emperador su pa-

(1) Diósele este sobrenombre ber tardado cinco años en tener por lo mucho que se deseaba el sucesion su madre doña Berenguela. nacimiento de un príncipe, y ha-

dre como un hombre falto de grandeza y de gloria. Quiso el rey Luis informarse por sí mismo de la certeza ó falsedad de estas voces, y con pretexto de ir en romería á Santiago de Galicia vino á España. Acompañóle el emperador desde Leon hasta Compostela (1155). Y como á don Alfonso no se le ocultase el verdadero objeto del viage de su yerno, dispuso todo lo conveniente para darle un testimonio brillante y solemne de lo infundado de los rumores que á esta tierra le habian traído. Al regreso de Compostela á Toledo, hallábanse ya en esta ciudad el conde de Barcelona y príncipe de Aragon, los príncipes musulmanes tributarios del castellano, los prelados, nobles y ricos-hombres de Leon y de Castilla, todos vestidos de gala con lucido y numeroso cortejo, ostentando su destreza y gallardía en los juegos de lanzas y caballos, y formando una córte magestuosa y espléndida. Poco acostumbrado el monarca francés á tales pompas exclamó: «¡Por Dios vivo, que no he visto jamás una «córte tan brillante, y dudo que exista otra igual en el «mundo!» Cerciorado además el francés de ser su esposa hija legítima del emperador y de doña Berenguela, partió para su reino satisfecho y admirado, despues de haber recibido suntuosos regalos del emperador, acompañándole hasta Jaca los dos hermanos de la reina su esposa con varios nobles y caballeros de Castilla.

Aun no pararon aquí los matrimonios entre prín-

cipes verificados en esta época. Veamos los antecedentes que prepararon el que despues se celebró entre los hijos de los soberanos de Aragon y Castilla. Al año siguiente de haberse unido el conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV. con doña Petronila de Aragon sintióse la jóven reina próxima á ser madre. En el estado crítico que precede á la maternidad, cuando la acosaban ya los dolores del parto hizo aquella señora un testamento notable por las circunstancias y notable por su objeto. Daba en él al infante que llevaba en su seno, caso de ser varon, todo el reino de Aragon, tal como le habia poseído su tio el rey don Alfonso I., pero dejando el usufructo y administracion de él al conde su marido mientras viviese. Si el padre sobrevivía al hijo, quedaba aquel dueño libre y absoluto del reino en toda su integridad: mas si lo que naciera fuese hija, solo recomendaba al padre que procurára casarla y dotarla honorífica y convenientemente: disposicion estraña, en que se ve la exclusion que hacia de las hembras para la sucesion de los reinos la misma que siendo hembra los habia heredado (1). Despues de esto dió á luz un hijo, que se llamó tambien Ramon todo el tiempo que vivió su padre, y que mas adelante trocado el nombre en el de Alfonso habia de heredar ambas coronas.

(1) Archivo de la Corona de Aragon, pergam. núm. 250.—El testamento es de fecha de 4 de abril de 1132.—El señor Piferrer en los recuerdos y bellezas de España le pone equivocadamente en 1151.

Ocupóse seguidamente de esto el conde don Ramon en recobrar de los moros la villa de Ciurana y otras fortalezas y lugares que los infieles conservaban todavía en las asperezas y riscos de Cataluña, acabando de limpiar de sarracenos aquel territorio y repoblándole de cristianos. Atendió luego á lo de Bearne y de Provenza, donde recibió engrandecimiento y triunfos, hasta que con noticia de haber invadido el nuevo rey de Navarra sus estados hubo de regresar precipitadamente á Cataluña poniéndose sobre Lérida. El navarro, que parecia haber heredado de su padre no solo las pretensiones sino tambien la mala voluntad al barcelonés, habia aprovechado la ocasion de ver á don Ramon embarazado con las turbaciones de la Provenza. Mas el emperador que estaba á todo, y no desatendia nada, partió tambien para Lérida, como quien iba á hacer de mediador entre los dos contendientes. Sin embargo, si este fué el objeto aparente, el verdadero quedó demostrado por el pacto que en aquella ciudad hizo (mayo de 1156) con el conde de Barcelona y príncipe de Aragon, renovando y ratificando el que seis años antes habian celebrado los dos en Tudela sobre la ya famosa reparticion del reino de Navarra. Y entonces fué tambien cuando se ajustaron los desposorios del infante don Ramon, hijo del conde, con la infanta doña Sancha, hija del emperador don Alfonso y de la emperatriz doña Rica. Tenia entonces el príncipe aragonés escasos cuatro años de edad, tal

vez dos no cumplidos la princesa castellana: que tanto era en aquel tiempo el afán de hacer matrimonios y tan anticipadamente se concertaban. El afán decimos, puesto que no eran la mas segura prenda de alianza, como se vió en los dos reyes de Navarra García y Sancho, á quienes el emperador daba sus hijas sin que esto fuera obstáculo para quitarles el reino ó pactar repartírsele con otro.

Distraida de esta manera la atencion de los monarcas cristianos y entretenidos asi en ajustar y celebrar bodas, hízose en estos años con mucha flojedad la guerra á los sarracenos, y no es maravilla que los almohades se fueran entretanto posesionando de las principales ciudades y plazas del Mediodía y Oriente de España. Del emperador, su mas formidable y su mas próximo enemigo, no sabemos que hiciera en este tiempo sino dos expediciones á Andalucía, una en 1151, en que tomó y saqueó á Jaen volviéndose á Toledo sin haber podido recuperar de los Almohades á Córdoba, otra en 1155, en que se apoderó de Pedroche, Andújar y Santa Eufemia, de la cual regresó para recibir á su yerno el rey Luis el Joven de Francia, de cuyo viaje á España dimos cuenta mas arriba. Marchando mas derechamente á su objeto los Almohades, habianse propuesto rescatar á Almería de poder de los cristianos. Era la principal mision que habia traído de Africa Cid-Abu-Said, hijo del emir Almumenin ó emperador de Marruecos. De nuevo, pues, se vió

Almería circundada y apretada por mar y tierra, no menos ahora por los musulmanes que antes lo había estado por los cristianos; y mientras estos recibían algunos refuerzos que no bastaban á contrapesar las fuerzas de Cid-Abu-Said, aquellos se enseñoreaban de Granada, lanzados de esta ciudad ó fugados los Almoravides. Ocupado se hallaba Alfonso VII. de Castilla en celebrar el tratado de Lérida y en arreglar las condiciones del matrimonio futuro de su tierna hija, cuando supo que Abdelmumen había enviado de Africa numerosas huestes para apretar el sitio de Almería. Aguijón fué este que le determinó á acudir volando á Andalucía con su hijo don Sancho y muchos magnates y prelados de su reino. Esta fué su postrera expedición.

No le detuvo saber que los recién llegados africanos, incorporados ya á los musulmanes españoles, formaban un ejército formidable. Al contrario, informado de que venían en su busca, quiso ahorrarles la molestia saliéndoles al encuentro. Trabóse una pelea de las más bravas y reñidas: los almohades perdieron en ella la flor de sus huestes: huyeron desordenados y abandonaron al vencedor el campo de batalla: mas laureles que despojos recogió aquel día el monarca castellano: pero no pudo evitar que Almería se rindiera al fin á Cid-Abu-Said (1157), á los diez años de haber sido conquistada por los príncipes cristianos. De seguro hubiera todavía atajado la caída de aquella insigne ciudad, si una fiebre violenta no hubiera

venido á cortar el hilo de aquella vida que por tan largos años y en tantas lides habían respetado las cimitarras agarenas y las lanzas africanas. Tan aguda fué la enfermedad que acometió al victorioso emperador, que queriendo volver á Castilla, no pudo ya pasar de un sitio llamado Fresneda, cerca del puerto de Muradal; erigióse allí un pabellón debajo de una encina, y después de haber recibido con edificante piedad y devoción los sacramentos de la Iglesia de mano del arzobispo don Juan de Toledo, allí entregó su alma al Criador á 21 de agosto de 1157 entre las lágrimas y sollozos de sus hijos y de todo su ejército, á los 51 años de edad. Así murió el grande Alfonso VII. rey de Leon y de Castilla y emperador de España.

«Poseía Alfonso en alto grado, dice un juicioso historiador extranjero de nuestro siglo, las cualidades de un gran rey. Sábio y prudente, gobernó sus súbditos con dulzura y con bondad: consagró sus cuidados y vigiliás á la exaltación de la religión cristiana.
Bajo su reinado fué severamente castigado el vicio⁽⁴⁾: sus enemigos cedieron á su valor; Navarra y Aragon tuvieron á honor rendirle homenaje, como la mayor

(4) A propósito de esto cuenta Sandoval el siguiente ejemplo de justicia y de severidad. Un labrador de Galicia vino á quejarse al emperador de fuerzas y agravios que le había hecho un caballero infanzón su vecino, llamado don Hernando. Mandó el monarca al ofensor que satisficiera al agraviado, y juntamente escribió al merino del reino para que le hiciera justicia. Ni don Hernando cumplió lo que el emperador le mandaba, ni el merino fué parte para competirle á ello. El labrador repitió su queja; sintió tanto el emperador su desacato, que á la hora, dice el cronista, partió de

parte de los príncipes mahometanos.» «Bajo cualquier punto de vista, dice otro moderno historiador, que se mire la vida de Alfonso VII., por todos lados aparece grande, activa, gloriosa. Verdad es que se encuentran en ella algunos lunares. No contento con engrandecerse á expensas de los moros, también probó hacerlo algunas veces á costa de los reyes sus vecinos: mas como en los últimos años de su vida comprendiese los deberes que le imponía su título de emperador, procuró sin descanso reconciliar todos aquellos príncipes rivales, y reunir las fuerzas de la cristiandad contra sus eternos enemigos. Pocos reyes se han mostrado mas dignos del trono... el nombre de *Emperador* no fué para él un objeto de ambicion vulgar; á falta de la unidad monárquica, para la cual no estaba todavía en sazón la España, le dió por lo menos la unidad feudal.»

Con razon, pues, lloraron su muerte todos sus súbditos. La noticia del fallecimiento apartó á su hijo don Sancho de las fronteras de los moros, así para dar honrosa sepultura al cadáver de su padre que fué llevado á Toledo, como para encargarse del gobierno de Castilla. Su hermano don Fernando estaba declarado ya también rey de Leon.

Toledo, tomando el camino de Galicia, sin decir á nadie su viage, yendo disimulado por no ser sentido. Llegó así sin que don Hernando lo supiese; y haciendo pesquisa de la verdad, esperó que don Herando estuviese en su casa y cercóle, y prendióle en ella,

y sin mas dilacion mandó poner una horca á las puertas de las mismas casas de don Hernando, y que luego le pusiesen en ella, y al labrador volvió y entregó todo lo que se le habia tomado... Hecho esto, volvióse para Toledo.»

CAPITULO VIII.

LOS ALMOHADES.

Su origen y principio.—Doctrina y predicaciones de Mohammed Abu Abdallah.—Toma el título de Mahedi.—Persecuciones, progresos y aventuras de este nuevo apóstol mahometano.—Abdelmumen: sus cualidades: asóciase al profeta.—Triunfos materiales y morales de estos reformadores en Africa.—Toman sus sectarios el nombre de Almohades: conquistas de estos.—Muerte del Mahedi y proclamacion de Abdelmumen.—Victorias del nuevo emir de los Almohades.—Muere el emperador de los Almoravides Ali ben Yussuf, y le sucede su hijo Tachfin.—Los Almohades conquistan á Oran, Tremecen, Fez y Mequinez.—Muerte desgraciada del emperador Tachfin.—Revolucion en España á favor de los Almohades.—Conquista Abdelmumen á Marruecos: hambre y mortandad horrorosa: Ibrahim, último emperador de los Almoravides: muere asesinado por Abdelmumen.—Fin del imperio Almoravide en Africa y España.—Dominan allá y acá los Almohades.

Otra nueva raza africana ha invadido la península española, y echado en ella los cimientos de una nueva dominacion. ¿Quién era, y cómo se formó, y cómo vino á España este pueblo, enemigo también del nombre cristiano, pero no menos enemigo del nombre almoravide, que ha venido á destruir, á arrojar del suelo español á otro pueblo mahometano como él, y africano como él, y á fundar sobre las ruinas del imperio almoravide otro imperio y otro trono?